

EL FARO MURCIANO.

DIARIO DE INTERESES MATERIALES, ARTES, CIENCIAS Y LITERATURA.

PRECIOS Y PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MURCIA.

Un mes.	8 reales.
Tres id.	20
Seis id.	36

PUNTOS DE SUSCRICION

En Murcia.—Librerías de Riera; Contraste y Príncipe Alfonso; de Belda, Lencería; y en la Redaccion y Administracion, Arco del Vizconde, 5. tercero.

FUERA DE MURCIA.

Trimestre.	24 reales.
Semestre.	42
Año.	74

Murcia 15 de Marzo de 1868.

Se nos ha remitido un comunicado en contestacion á un suelto publicado en uno de los números de nuestro apreciable colega «La Paz» que no insertamos hoy por falta de espacio.

DOS HUÉRFANAS.

Esta mañana en la calle hemos presenciado una escena desgarradora, que nos ha conmovido hondamente.

Dos jóvenes, una como de 17 años de edad y otra de unos 14, iban llorando amargamente; y á juzgar por la palidez de sus rostros, y exaltacion que en las mismas se notaba, alguna pena intensa desgarraba sus corazones.

La gente que transitaba, fijaba silenciosamente su atencion en ellas; pero seguia su camino, indiferente, fria, como á quien no le da un ardite lo que presencia, ó está muy acostumbrado á no ocuparse de las desgracias ajenas.

El aspecto de las dos afligidas jóvenes era miserable, y sus sollozos iban aumentando á medida que se alejaban del edificio de donde las vimos salir.

Era el hospital.

En él sin duda habian recibido alguna noticia funesta, en lo que tanto mas nos confirmamos, cuanto que en medio de sus ayes lastimeros y abundantes lágrimas que vertian, sus labios no proferian mas que un nombre santo, tierno, dulcísimo, nombre que debieron escribir los ángeles para que fuese la alegría de la tierra.

De sus labios, lívidos por el dolor, no se escapaban mas que estas palabras.

¡Madre...! ¡ay Madre mia...!

Y seguian llorando... llorando, dirigiendo de vez en cuando sus escaldados ojos al cielo.

Mientras tanto la gente seguia transitando, sin que nadie se ocupase de consolar á aquellas infelices.

Eran muy pobres...! y el mundo está visto que no se acerca á quien nada le promete.

Si hubieran sido personas decentes, es decir, con dinero, la cosa hubiera cambiado; pero las obras de misericordia para con los pobres andan muy olvidadas.

En este estado de afliccion llegaron á confrontarse con nosotros.

Al pasar por nuestro lado las dos hermanas, que hermanas eran, volvieron á repetir la anterior sentida queja, que profirieron con el acento del mas acerbo de los dolores.

¡Ay Madre...! ¡ay pobre Madre mia!

Este nombre espresado con tanta amargura, pronto nos reveló el secreto de aquellas lágrimas.

Estas desgraciadas, nos digimos, acababan sin duda de perder á su madre: solo por una madre se puede llorar así.

Y no nos engañamos; su madre habia muerto en el hospital.

—¿Porqué llorais? las preguntamos llenos de interés.

Las pobrecitas nos miraron con estrañeza primero, luego con ojos agradecidos: hicieron un esfuerzo para hablar y nos contestaron:

—Lloramos por nuestra madre.

—¿Qué le ocurre? las interrogamos de nuevo.

—Que se nos ha muerto.

—¿Dónde?

—¡Ay buen caballero! En el hospital...

Esta exclamacion fué acentuada de tal manera, que no hay palabras que la describan.

Era tanto como decir, somos pobres y no tenemos con que alimentarla: se nos moria, y tuvimos que desprendernos de ella.

¡Pobre madre...! y pobres hijas!

—¿Y vuestro padre? Les seguimos preguntando.

—No le tenemos: hace años tambien que le perdimos.

—Con que sois...

—Solos, Señor, repusieron cortando nuestro razonamiento.

¡Solos...! ¡Qué inmenso desierto tiene esta palabra!

—Esta mañana, continuaron, hemos ve-

nido á verla por ser dia que se permite la entrada; pero al acercarnos á hablarla, su cama estaba vacia, y se nos ha dicho que ayer la enterraron.—¡Ay Señor! Se ha muerto sin que la veamos... sin sus hijas... ¡Cuanto, cuanto se habrá acordado de nosotras, á quienes tanto amaba, en su agonía.—¡Ah Dios mio! ¡Qué desgraciados somos los pobres...!!

Y al expresarse así, de sus apagados ojos salian torrentes de lágrimas.

¡Qué desgraciados somos los pobres...!!

¿Quien es capaz de medir el profundo abismo de verdad que encierra este pensamiento...?

Asi nos deciamos interiormente considerando la soledad de aquellas desvalidas huérfanas, sin otro amparo que el de la providencia.

¡Qué situacion!

Nosotros las dirigimos algunas palabras de consuelo y esperanza, y nos separamos de ellas poniendo en sus manos una moneda, con la que tal vez matarian el hambre de aquel dia.

Y se alejaron, y nosotros tambien; pero en nuestra alma, hondamente impresionada, se repetía como un eco aquella exclamacion que un momento antes habiamos escuchado, espresada con tanta amargura.

«Se ha muerto sin que la veamos... sin sus hijas... en su agonía se habrá acordado de nosotras... de nosotras á quienes tanto amaba... de sus hijas... y...»

Debemos ser francos: siempre que hemos pensado en la miseria nos hemos estremecido; pero en este instante nos pareció una cosa horrible.

Morir una madre sin ver al rededor de su lecho fúnebre á los pedazos de su corazón... á sus hijos... tender sobre sí su casi ya apagada pupila, y verse sola... abandonada sin los seres tan queridos para su alma... sin darles el último adios... ni bendecirlos en su última hora... ¡oh! esto es terrible... debe ser un dolor que por sí solo mate.

Y sin embargo, al pobre le sucede esto con demasiada frecuencia. Nace entre la miseria, vive sin goces ni deleites, y muere solo y abandonado.

¡Infelices...!